


# **Cuánto oro esconden estas colinas**

**C PAM ZHANG**

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

gatopardo ediciones 

Título original: *How Much of These Hills is Gold*

*How Much of These Hills is Gold* © C Pam Zhang,

YEAR OF INITIAL PUBLICATION

First published by US Publisher

Translation rights arranged by MB Agencia Literaria S.L.

and The Clegg Agency, Inc., USA

All rights reserved

© de la traducción: Benito Gómez Ibáñez, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>º</sup>-1<sup>ª</sup>

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Sunset, Canyon de Chelly (1916)*

© Edgar Payne

Imagen de la solapa: © Gioia Zloczower

ISBN: 978-84-123021-0-3

Depósito legal: B-2019-2021

Impresión: Reinbook serveis gràfics, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi padre, Hongjian Zhang,  
querido pero escasamente conocido.*

Esta no es tu tierra

PRIMERA PARTE

**XX62**

Ba muere por la noche, obligándolos a buscar dos dólares de plata.

Por la mañana, Sam pasea con un taconeo impaciente pero Lucy, antes de que se marchen, siente necesidad de hablar. El silencio pesa más sobre ella, incomodándola hasta que lo acaba rompiendo.

—Lo siento —dice a Ba en su cama.

La sábana que lo arropa es la única prenda limpia en la sombría y polvorienta chabola, donde el polvo de carbón ennegrece hasta la última superficie. En vida, Ba no hacía caso de aquel desastre, y, una vez muerto, la horrible mirada de sus ojos entrecerrados no se fija en él. Ni en Lucy. Va directa a Sam. Sam, la preferida, un resonante manojito de nervios dando vueltas frente a la puerta con las botas demasiado grandes. Sam, pendiente de cada palabra de Ba cuando vivía, ahora no quiere ni mirarlo a la cara. Y entonces Lucy cae en la cuenta: Ba está muerto de verdad.

Hunde el dedo gordo del pie en el suelo de tierra, escarbando palabras para que Sam escuche. Para esparcir bendiciones sobre años de dolor. Hay polvo suspendido en la fantasmagórica luz que entra por la única ventana. Sin aire que lo agite.

Lucy siente un aguijón en la espalda.

—¡Bang! —dice Sam. Once años con respecto a los doce de Lucy, madera y agua como decía Ma; Sam es sin embargo más baja que ella, al menos treinta centímetros. Con aspecto infantil, no es tan tierna como parece—. Demasiado lenta. Estás muerta. —Sam abre el puño rechoncho, amartilla los dedos y sopla el cañón de una pistola imaginaria. Como hacía Ba. La forma más conveniente de hacer las cosas, decía Ba, y cuando Lucy replicó que el Maestro Leigh afirmaba que esas nuevas armas no se encasquillaban y no hacía falta soplarlas, Ba le dio una bofetada porque consideró que era lo más conveniente. Vio estrellas detrás de los ojos, una esquirla de agudo dolor en la nariz.

Nunca se le volvió a enderezar. Se la frota con el pulgar, pensativa. Lo más conveniente, dijo Ba, era dejar que se curase por sí sola. Cuando volvió a mirar a Lucy a la cara después de que se difuminara el moratón, se apresuró a asentir con la cabeza. Como si lo tuviera pensado desde el principio. *Conviene que tengas algo que recordar por hablar-me con descaro.*

Sam tiene su rostro moreno lleno de polvo, como siempre, y se ha restregado pólvora para que parezca pintura de guerra india (piensa), pero bajo esa capa sus facciones son perfectas.

Solo ahora, porque los puños de Ba yacen impotentes y rígidos bajo la manta —y quizá porque es sensata, es lista, tiene la vaga impresión de que si lo irrita, Ba podría levantarse y darle un mamporro—, Lucy hace algo que jamás ha hecho. Alza los pulgares, apunta con los dedos. Se los pone a Sam en la barbilla, donde la pintura da paso a la piel infantil. Una mandíbula delicada si no fuera por la tendencia de Sam a proyectarla hacia fuera.

—Bang, a ti —dice Lucy, empujándola hacia la puerta, como si fuera un forajido.

El sol les absorbe la humedad. A mediados de la estación seca, la lluvia ya es un recuerdo lejano. El valle polvoriento está desprovisto de vegetación, dividido por un arro-

yo serpenteante. A un lado están las endeble chabolas de los mineros; al otro, las construcciones adineradas, con paredes como es debido, ventanas de cristal. Y a todo alrededor, circunscribiendo las innúmeras colinas, oro abrasado; y oculta entre la alta hierba y los matorrales secos, una mezcolanza de campamentos de indios y prospectores, grupos de vaqueros, viajeros y forajidos, la mina, y otras muchas minas más y más allá.

Sam enarca los menudos hombros y empieza a cruzar el arroyo, su camisa roja como un grito en la tierra yerma.

Cuando llegaron al valle aún había hierba, alta y amarillenta, y encinas en el cerro, y amapolas después de que lloviera. Las inundaciones de hacía tres años y medio las arrancaron de raíz, aparte de ahogar a la mitad de la gente o echarla de allí. Pero su familia se quedó, aislada al otro extremo del valle. Ba, como uno de aquellos árboles alcanzados por el rayo: muerto por el centro mismo, las raíces aún prendidas.

¿Y ahora que Ba había muerto?

Lucy sigue descalza las huellas de Sam y guarda silencio, ahorrando saliva. El agua ya desaparecida hace tiempo, el mundo más sediento después de las inundaciones.

Y Ma, desaparecida hace ya tanto.

Al otro lado del arroyo, la calle principal se ensancha, centelleante y polvorienta como una piel de serpiente. Predominan las casas de falsa fachada: taberna y herrería, almacén, banco y hotel. Gente holgazaneando a la sombra como lagartijas.

Jim está sentado en la tienda, garabateando en su libro de contabilidad. Es tan grueso como él y pesa la mitad. Dicen que lleva la cuenta de lo que debe hasta el último hombre del territorio.

—Discúlpenos —murmura Lucy, abriéndose paso entre la chiquillería que ronda la sección de los caramelos, la mirada ansiosa por aliviar el aburrimiento—. Lo siento, perdóneme.



Se encoge. Los chicos se marchan perezosamente, dándole en los hombros con el brazo. Al menos hoy no alargan la mano para pellizcarla.

Jim sigue concentrado en el libro de contabilidad.

—Disculpe, ¿señor? —dice más alto esta vez.

Una docena de ojos se clavan en Lucy, pero Jim sigue sin hacerle caso. Sabiendo de antemano que no es buena idea, Lucy pone la mano en el mostrador para llamar su atención.

Jim levanta la vista de pronto. Ojos enrojecidos y, en las comisuras, la piel en carne viva.

—Apártate —dice, su voz cortante como un alambre de acero. Su mano sigue escribiendo—. Esta mañana he fregado el mostrador.

Risas entrecortadas a su espalda. Eso no inquieta a Lucy, quien después de años viviendo en pueblos como aquel no tiene ya sensibilidad alguna que puedan herir. Lo que le provoca un agujero en el estómago, lo mismo que cuando murió Ma, es la expresión en los ojos de Sam. La mirada de Sam es tan horrible como la de Ba.

¡Ja!, suelta Lucy, porque Sam no lo hará. ¡Ja! ¡Ja! Sus carcajadas las protegen, convirtiéndolas en miembros de la pandilla.

—Hoy solo pollos enteros —dice Jim—. No hay patas para vosotros. Volved mañana.

—No necesitamos provisiones —miente Lucy, sintiendo cómo se le derrite en la lengua una piel de pollo. Intenta enderezarse, apretando los puños a los costados. Y expone lo que necesitan.

*Voy a decirlos las únicas palabras que cuentan*, dijo Ba cuando tiró los libros de Ma a la charca que había ocasionado la tormenta. Dio una bofetada a Lucy para que dejara de llorar, pero sin forzar la mano. Casi con suavidad. Se arrojó para ver cómo se limpiaba los mocos de la cara. *Ting wo, pequeña Lucy: A crédito.*

Como era de esperar, las palabras de Ba ejercen una especie de efecto mágico. Jim se detiene con la pluma.

—¿Qué has dicho, muchacha?

—Dos dólares de plata. A crédito.

La voz de Ba resuena a su espalda, en su oído. Lucy huele el whisky en su aliento. No se atreve a volverse. Si sus manos como palas le dieran una palmada en el hombro no sabría si gritar o reír, echar a correr o echarle los brazos al cuello y abrazarlo con fuerza, de modo que por mucho que despotricara ella no se separaría de él. Las palabras de Ba se precipitan por el túnel de su garganta como un espíritu surgiendo de la oscuridad:

—El lunes es día de paga. Lo único que necesitamos es un pequeño margen. De verdad.

Se escupe en la mano y la extiende.

Jim sin duda ha oído ese estribillo en boca de los mineros, de sus mujeres secas, de sus hijos con el estómago vacío. Pobres como Lucy. Sucios como Lucy. Es bien sabido que Jim gruñirá, adelantará el artículo y cargará el doble de interés cuando llegue el día de paga. ¿Acaso no dio una vez vendas a crédito después de un accidente en la mina? A gente desesperada como Lucy.

Pero nadie es como Lucy. Jim la mide con la mirada. Descalza. Vestido azul marino que no le queda bien, con manchas de sudor, hecho con retales de una camisa de Ba. Brazos larguiruchos, pelo áspero como una alambarrera. Y qué cara.

—A tu papá le daré trigo a crédito. Y cualquier trozo de animal que seáis capaces de comer —dice Jim. Su labio superior se curva hacia arriba, descubriendo una franja de encías húmedas. En cualquier otro, eso podría haber pasado por una sonrisa—. Si quiere dinero, que vaya al banco.

La saliva se seca en la palma intacta de Lucy.

—Señor...

Y entonces, por encima de la apagada voz de Lucy, los tacones de las botas de Sam repiquetean en el suelo. Con los hombros erguidos, Sam sale de la tienda con paso firme.

Sam es menuda. Pero capaz de dar zancadas como un hombre con las botas de piel de becerro. La sombra de Sam cae sobre la punta de los pies de Lucy; en la imaginación de Sam la sombra es la altura verdadera, el cuerpo una inconveniencia pasajera. Cuando sea vaquero, dice Sam. Cuando sea aventurero. Y últimamente: Cuando sea un célebre forajido. Cuando sea mayor. Lo bastante joven para creer que el deseo basta para dar forma al mundo.

—En verdad, el banco no ayuda a gente como nosotras —dice Lucy.

Preferible no haber dicho nada. Siente el cosquilleo del polvo en la nariz y se detiene, tosiendo. Le suben arcadas a la garganta. Vomita la cena de anoche en la calle.

Enseguida acuden los perros a lamer los restos. Lucy vacila un momento, aunque las botas de Sam prosiguen su ritmo impaciente. Imagina abandonar a su único pariente para agacharse entre los perros, para disputarles hasta el último resto, que es suyo. Para ellos la vida se reduce al vientre y a las patas, a correr y comer. Una vida sencilla.

Se obliga a enderezarse y a echar a andar, sobre dos piernas.

—¿Preparada, compadre? —dice Sam.

Es una pregunta seria, no una fórmula manida que se suelta y vale. Por primera vez en lo que va de día, Sam no guiña los oscuros ojos. Bajo la protección de la sombra de Lucy, los abre de par en par, y en ellos hay cierta blandura. Lucy extiende la mano para acariciar el corto pelo negro que le asoma por el pañuelo rojo que lleva ladeado en la cabeza. Recuerda el olor de su cuero cabelludo cuando era pequeña: sano y vigoroso, a aceite y sol.

Pero al moverse Lucy, el sol le da a Sam en los ojos, que los cierra de golpe. Se aparta. Por el abultamiento de los bolsillos, Lucy sabe que tiene las manos amartilladas otra vez.

—Preparada —dice Lucy.

El suelo del banco es de tablones relucientes. Dorados, como el pelo de la cajera. Tan liso que a Lucy no se le clavan astillas en los pies. El taconeo de las botas de Sam se vuelve

un ruido seco, como un disparo. Bajo la pintura de guerra, su cuello enrojece.

*Plaf-plaf*, resuena por todo el banco. La cajera se queda mirando. *Plaf-PLAF*. La cajera se recuesta en el asiento. Un hombre aparece a su espalda. Colgando de su chaleco se balancea una cadena.

*PLAF-PLAF-PLAF-PLAF-PLAF-PLAF*. Sam se yergue de puntillas para llegar al mostrador, haciendo crujir el cuero de las botas. Antes, siempre tenía cuidado al andar.

—Dos dólares de plata —dice.

La boca de la cajera se crispa.

—¿Tenéis una...?

—No tienen cuenta. —El que habla es el hombre, mirando a Sam como quien mira a una rata.

Sam guarda silencio.

—A crédito —dice Lucy—. Por favor.

—Os he visto por ahí a las dos. ¿Os ha mandado vuestro padre a pedir limosna?

En cierto modo, sí.

—El lunes es día de paga. Solo necesitamos un pequeño margen. —Lucy no dice: *De verdad*. No cree que aquel hombre lo oyera.

—Esto no es un centro de beneficencia. Marchaos a casa, pequeñas... —los labios del hombre siguen moviéndose un momento después de que su voz se haya apagado, como la mujer que Lucy vio una vez hablando en lenguas, una fuerza distinta que no era la suya impulsándose entre sus labios... pedigüeñas. Largaos antes de que llame al sheriff.

El terror recorre con sus fríos dedos la columna vertebral de Lucy. No miedo del banquero. Miedo de Sam. Reconoce la expresión de sus ojos. Piensa en Ba, rígido en la cama, los ojos abiertos como una hendidura. Ella fue la primera en despertarse de madrugada. Encontró el cadáver y permaneció horas velándolo hasta que se despertó Sam, y luego le cerró los ojos lo mejor que pudo. Se figuró que Ba había muerto enfadado. Ahora sabe que no: la suya era la

mirada entornada del cazador que acecha a la presa. Ya ve cerca la captura. La mirada de Ba en los ojos de Sam. La cólera de Ba en el cuerpo de Sam. Y eso aparte de las otras garras con que Ba aferra a Sam: las botas, la parte del hombro sobre la que le apoyaba la mano. Lucy se da cuenta de lo que va a pasar. Ba se irá pudriendo día tras día en aquella cama, su espíritu desbordándose de su cuerpo para entrar en Sam hasta que Lucy se despierte para ver a Ba mirando a través de los ojos de Sam. Sam perdida para siempre.

Tenían que enterrar a Ba de una vez por todas, cerrarle los ojos con el peso de la plata. Debe conseguir que el banquero lo entienda. Se dispone a suplicarle.

—¡Bang! —exclama Sam.

Lucy está a punto de decirle que deje de hacer el idiota. Alarga la mano para agarrar aquellos dedos morenos, rechonchos, pero que ahora relucen de un modo extraño. Son negros. Sam empuña la pistola de Ba.

La cajera se desploma, desmayada.

—Dos dólares de plata —dice Sam, en tono más bajo. Una sombra de la voz de Ba.

—Lo siento mucho, señor —dice Lucy. Los labios se le fruncen hacia arriba. ¡Ja! ¡Ja!—. Ya sabe cómo juegan estas criaturas, por favor, disculpe a mi hermanita...

—Largaos antes de que os linchen —dice el hombre. Mira a Sam directamente y añade—: Piérdete, asquerosa. Renacuajo amarillo.

Sam aprieta el gatillo.

Un estruendo. Un estallido. Una ráfaga de aire. Lucy siente que algo enorme le pasa rozando la oreja. Acari-ciándola con ásperas manos. Cuando abre los ojos, todo está lleno de humo gris, y Sam, impulsada hacia atrás, tiene la mano sobre una mejilla magullada por el retroceso de la pistola. El hombre yace en el suelo. Por una vez en la vida, Lucy se resiste a las lágrimas en el rostro de Sam, pone a su hermana en segundo lugar. Se aparta despacio de ella. Le retumban los oídos. Sus dedos encuentran el tobillo del hombre. El muslo. El pecho. El pecho, que está entero, que

late intacto. Tiene una magulladura en la sien, donde se ha golpeado contra un estante al caerse hacia atrás. Aparte de eso, ha resultado ileso. El tiro falló.

Entre la bruma de humo y pólvora, Lucy oye reír a Ba.

—Sam —también se resiste al impulso de gritar. Necesita sobreponerse a sí misma, ahora—. Sam, idiota, *bao bei*, mierdecilla.

Mezcla lo dulce y lo amargo, la amabilidad y la imprecación. Como Ba.

—Tenemos que irnos.

Lo que casi daba risa era que Ba viniera a estas colinas con ánimo de encontrar oro. Como otros miles, pensaba que la hierba dorada de aquel territorio, su destello brillante como una moneda al sol, prometía recompensas aún más relucientes. Pero ninguno de los que llegaron a excavar el Oeste contaba con la sed de aquella tierra reseca, con cómo les chupaba la energía y el sudor. Ninguno contaba con su tañería. La mayoría llegó demasiado tarde. Ya habían extraído la riqueza, dejándolo todo seco. Los ríos no llevaban oro. La tierra no era cultivable. En cambio, hallaron un tesoro mucho más opaco dentro de las colinas: carbón. Nadie podía hacerse rico con el carbón, ni utilizarlo para enriquecer los ojos o la imaginación. Aunque en cierto modo podía alimentar a la familia —harina con gorgojo y restos de carne—, hasta que la mujer, harta de soñar, moría al dar a luz a un hijo. Entonces el coste de su alimentación podía desviarse a la bebida del hombre. Meses de esperanza y ahorros equivalían a eso: una botella de whisky, dos tumbas excavadas donde nadie podía encontrarlas. Lo que casi hacía reír a una chica como ella —¡ja!, ¡ja!— es que Ba los trajo allí para que se hicieran ricos, y ahora matarían por dos dólares de plata.

Así que roban. Cogen lo que necesitan para huir del pueblo. Sam se resiste al principio, tan obstinada como siempre.

—No hemos hecho daño a nadie —insiste.

*Pero ¿no lo pretendías?*, piensa Lucy. Dice:

—Cualquier cosa que haga la gente como nosotras será un crimen. Y dictarán una ley si tienen que hacerlo. ¿Es que no te acuerdas?

Sam alza la barbilla, pero Lucy se percató de que titubea. En aquel día sin nubes ambas sienten el azote de la lluvia. Recuerdan cuando aullaba la tormenta dentro de casa y ni siquiera Ba podía remediarlo.

—No podemos esperar —dice Lucy—. Ni tan solo para enterrarlo.

Finalmente, Sam asiente con la cabeza.

Se acercan a la escuela arrastrándose, el vientre sobre el polvo. Demasiado fácil convertirse en lo que otros dicen que son: animales, ladronas rastreras. Agachada, Lucy rodea el edificio hasta un sitio que no se ve desde la pizarra. Se oyen voces en el interior. La oración tiene un ritmo cercano a la santidad, con el bramido del Maestro Leigh llevando la voz cantante y el coro de alumnos respondiendo. Lucy, a punto de alzar la voz para sumarse a ellos.

Pero hace años que no le permiten la entrada. Su pupitre de entonces lo ocupan ahora dos nuevos alumnos. Se muerde el interior de la mejilla hasta hacerse sangre mientras desata a *Nellie*, la afable yegua gris del Maestro Leigh. En el último momento también coge las alforjas, llenas de avena.

De vuelta en casa, Lucy da instrucciones a Sam para que entre y recoja las cosas que necesitan. Ella se queda fuera, explorando el cobertizo y la huerta. Dentro: golpazos, ruidos metálicos, sonidos de dolor y furia. Lucy no entra; Sam no pide ayuda. Un muro invisible se levantó entre ambas en el banco, cuando Lucy pasó a gatas frente a Sam para tocar al banquero con sus dedos delicados.

Lucy deja una nota en la puerta para el Maestro Leigh. Rebusca en la mente las frases grandiosas que él le enseñó años atrás, como si pudieran aportar una prueba más sólida que la prueba de su latrocinio. No lo consigue. El papel está lleno de principio a fin con *Lo siento*.